

IX

El Círculo francés.—La colonia extranjera.

Santa Marta, tan notable por su posición, difiere poco, por sus habitantes y costumbres, de las demás ciudades de la república. Río-Hacha, al contrario, es una población muy distinta y los asuntos dignos de estudio son muy numerosos. Vanguardia de la civilización granadina, esta ciudad no está separada de las tribus salvajes más que por la desembocadura de un río. En ella se encuentran y se reúnen por los lazos de un activo comercio varias sociedades completamente diferentes en origen y costumbres; los hombres de sangre mezclada, que forman la mayoría de la población, los *guajiros* nómadas los *aruaques* industrioses y tímidos, por aquí y por allá algunos europeos; grupos esparcidos que forman el nuevo elemento de progreso.

Antes de decirnos adiós, el capitán de la «Margarita» me recomendó vivamente que me alojara en el *Palacio Verde*. Yo estaba acostumbrado ya á las exageraciones del lenguaje; sin embargo, el nombre pomposo de Palacio Verde, me hizo suponer balcones elegantes, monumentales arcadas árabes, grupos de palmeras y saltos de agua en medio

de hermosas flores. Pronto llegué al punto designado y, por mucho que miré, no pude ver más que una casita baja con cuatro ó cinco ventanas, y las maderas pintadas de verde, lo cual le había valido sin duda, el nombre sonoro de Palacio Verde. Este palacio servía alternativamente de colegio y posada. Cuando me presenté estaba ocupado por una quinena de niños que, so pretexto de aprender á leer, corrían y saltaban como condenados, por encima de las mesas y bancos. El director del colegio se adelantó gravemente hacia mí con un silabario español en la mano, y me anunció que, por el momento, había dejado de ser posadero: «Mi casa, cuanto poseo y yo mismo, está todo á disposición de usted: sin embargo, si prefiere hospedarse en el hotel, le recomiendo la casa de un compatriota suyo, el ingeniero don Antonio Rameau»

Este, hombre gordo y *trescole*, vestido simplemente con una camisa y unos calzoncillos, estaba sentado delante de la puerta en medio de un grupo de hombres vestidos apenas con más decencia que él. Para recibirme empleó ademanes y palabras tan parisienses, que contrastaban singularmente con sus ropas; inmediatamente me presentó, uno después de otro, á todos los miembros de la sociedad, compatriotas de pura sangre, que formaban una colonia de franceses, reunidos allí por la fuerza del azar. La asamblea me recibió con una explosión de alegría, pero inmediatamente me hizo sufrir un interrogatorio en toda regla. Era un representante de la patria, y como tal no me pertenecía á mí mismo; me debía, á mis nuevos conocidos y tenían el derecho de fastidiarme á fuerza de preguntas.

El Círculo francés de Río-Hacha se reunía todos los días delante de la casa del ingeniero Rameau

ó en el patio del vicecónsul. Este último, excelente viejo que durante mi larga residencia en Río Hacha, me prestó numerosos é importantes servicios, habitaba en Nueva Granada desde hacía treinta años; no era ya francés más que por su exaltado patriotismo; su casamiento, sus relaciones, su comercio, sus costumbres, lo habían transformado en neogranadino; ya no le quedaba nada característico que revelara su origen.

Mi patrón el ingeniero, ó por hablar más modestamente, el herrero Rameau, continuaba siendo un parisién, y su carácter no había cambiado nada desde que residía en Río Hacha. Hijo de un ujier del ministerio de la Gobernación, había hecho sus estudios en la Escuela de Artes y Oficios de Angers. El mismo declaraba no haber comprendido nada de la ciencia y no haber estudiado otra cosa que versos populares y canciones callejeras; pero, gracias á su ingenio natural, había llegado sin gran esfuerzo á ser un buen obrero. Al salir de la escuela no había hallado otra cosa más práctica que casarse, y así lo hizo; cuando apenas hacía algunos meses que era cabeza de familia, un día, en un café, se encontró con un alegre comerciante del Havre, encargado por sus representantes de Río-Hacha, de expedirles en el próximo correo un ingeniero para construir un pozo artesiano. El comerciante propuso el negocio á Rameau; éste vaciló un momento, pero la triple perspectiva de visitar el Nuevo Mundo á cargo de una gran compañía, ganar una suma considerable, y merecer el título de ingeniero, le decidió inmediatamente. Con objeto de aprender la teoría de las perforaciones, compró un volumen de una enciclopedia popular; hizo la adquisición de algunos útiles indispensables para la *Sociedad* granadina, abrazó á su mujer y á

su anciano padre, y helo ya navegando por el Atlántico, esforzándose, á pesar del mareo, en comprender su manual. Llegado á Río Hacha, se puso inmediatamente á trabajar, é hizo una perforación sin haber hecho el menor estudio, en el primer punto que le designaron; la naturaleza geológica del suelo no era cosa para ser tenida en cuenta.

El trabajo marchó bien durante algunas semanas; pero, de repente, los instrumentos empezaron á romperse al tropezar con un banco de piedra. Los sacaba, los reparaba lo mejor que sabía y empezaba de nuevo el trabajo. Las máquinas se rompían continuamente y el dinero suscrito por los accionistas, se gastaba en compras y reparaciones.

Empezaron las recriminaciones: alguien dijo que el ingeniero francés desconocía su oficio, y por último, le invitaron á presentar la dimisión; luego, arrojaron los aparatos, hechos trizas, en el pozo de sondeo, y lo cubrieron con algunas planchas.

A pesar de haberse evaporado sus ensueños de gloria y de fortuna Rameau no desmayó; se hizo arquitecto de la catedral de Río-Hacha, herrero, forjador, armero, cambalachero y hostelero; componía y hacía arcos, flechas y otras armas; fabricaba estribos y espuelas para los indios, y gracias á sus numerosas aptitudes, la fortuna le sonrió, pudiendo tomar la siesta tantas horas como su pereza le imponía. Había contratado á una mujer para que le arreglara la casa, y tenía la satisfacción de ver crecer á su alrededor media docena de niños de todos los colores y completamente desnudos.

Tal era mi anfitrión á mi llegada á Río Hacha.

El decano de los franceses era don Jaime Chastaing, carpintero, ebanista de profesión, pero ren-

tista por naturaleza. Era éste un individuo seco, apergaminado, siempre con un gorrillo de algodón puesto ladeado en la cabeza, y llevado con aire bravo y juvenil. Hábil obrero, había abandonado su patria sugestionado por los relatos de un capitán que pintaba Río Hacha como una *tierra prometida*; pero, perezoso en grado superlativo, había despreciado el trabajo como cosa innecesaria para enriquecerse, y poco á poco cayó en la miseria. Cuando tenía que estar dos ó tres días al lado de su banco para procurarse la comida de todo un mes, se lamentaba creyéndose el hombre más desgraciado del mundo. Gran polemista, sólo sentía renacer en su alma el entusiasmo cuando había podido triunfar en cualquiera escaramuza de palabras y sofismas; entonces acariciaba su blanco bigote, inclinaba con aire provocador su gorrillo de algodón y hablaba con petulancia de las ventajas del estudio. Pocos días después de mi llegada, descubrió en mi cuarto algunas hojas de un compendio de Filosofía: para él fué el descubrimiento de un mundo. En adelante no discutió más que sobre el *ser* y el *no ser*, la inmortalidad del alma, la personalidad de Dios y otras cuestiones de igual trascendencia. Fuerte por las armas que cogía de un arsenal de silogismos, triunfaba de todos sus adversarios y nadie se atrevía á abrcdar ciertas cuestiones que monopolizaba.

Poco tiempo después de mi llegada á Río Hacha, un nuevo compatriota vino á aumentar la colonia francesa; era un capitán naufragado. Salido de una familia de lobos de mar en las costas de Bretaña, lo habían mandado muy joven al seminario de Reims, y había llegado á bachiller en Letras y Teología, cuando un día el amor al mar, que le había arrullado en los primeros años de su vida,

le conquistó el corazón: colgó los hábitos y se embarcó como marino en un navío que salía para Pondicherz. De mar en mar y de playa en playa, había recorrido todo el mundo bajo pabellones de todos los colores, inglés, americano, chino, holandés, etc.

Había ascendido á oficial por el imán de Mascua, y se había casado en la isla de Madagascar; luego, huyendo del casamiento como había huído del celibato, puso mil ochocientas leguas entre él y su mujer, para ir á ejercer el oficio de pirata en el archipiélago de la Sonda. Su inaudita temeridad, su inteligencia, su instrucción real, fortificada por los viajes y las aventuras, su carencia absoluta de todo escrúpulo, le habían puesto cien veces la fortuna en las manos, y otras tantas la había dejado escapar por amor á lo desconocido. Por fin, en el puerto de Cumaria pudo adquirir una goleta con la cual ejercía provechosamente el contrabando en las costas de Colombia, entre Guaira y Puerto-Cabello. Una tempestad arrojó su goleta contra los bancos de arena que cierran la entrada en la laguna de Maracaibe; todo se perdió menos él, que, desnudo completamente, fué recogido por un navío de Río Hacha. Llegó á esta ciudad vestido con harapos que le habían dado y sin un cuarto, pero con el alma llena de energía. La tarde misma de su llegada empezó á levantar el edificio de su fortuna. Instalado en la esquina misma de una calle y en un escabel que le prestó Rameau, ofrecía á los peones y á los niños bananas, tazas de café y terrones de azúcar. Como verdadero charlatán, acompañaba sus arengas con gestos y guiños que hacían las delicias del público, y escandalizaban al vicecónsul de Francia que, como capitán que era, veía en ese espectáculo un doble insulto á su calidad de fran-

cés y de marino. ¿Pero qué importaba la dignidad al capitán Delanone? Ocho días después, disponía de un pequeño peculio; recogía el sebo que arrojaban los carniceros y fundaba una modesta fábrica de bujías, realizando un beneficio que le permitía preparar su viaje á California donde pensaba convertirse en minero. Todas las tardes asistía al Círculo francés del cual se creía el mejor miembro. Por desgracia, la chicha desatábale la lengua que era un prodigio, y contaba entonces con admirable elocuencia las escenas de su vida de bandido y pirata; un día se alabó de haber sido negrero, y haber tomado parte en la degollación de los tripulantes de un pequeño cañonero inglés.

Otro capitán asistía también á estas reuniones de la tarde; era un anciano que, de naufragio en naufragio, había venido á parar á esta playa lejana, á dos mil leguas de su patria. Demasiado viejo para emprender un viaje, había tomado el partido de quedarse donde el azar le había llevado, considerándose como una piedra abandonada sobre las arenas de la costa. Con los restos de su destruida fortuna, se construyó una cabaña cerca del mar, y se pasaba los días contemplando el horizonte, y viendo cómo se balanceaban las embarcaciones en la rada. Todas las tardes á la misma hora veíamos al viejo capitán dar la vuelta á la esquina de la calle, apoyado en su bastón con puño de marfil; sin fuerza para andar, arrastraba sus pies sobre la arena, y avanzaba así como una sombra. Llegado al medio del círculo que formábamos, se sentaba rendido de cansancio, y hacía un movimiento de cabeza en señal de saludo, porque á consecuencia del asma se había quedado casi mudo. Oyendo hablar su lengua materna, se reanimaba poco á poco, brillaban sus ojos, se sentía renacer. Para

él, sus compatriotas eran la Francia con sus alegrías, su gloria y su belleza: en ellos amaba su pasado, su juventud, su dicha perdida. ¡Excelente anciano! cuántos años ha pasado así, no teniendo más que dos cosas que le ayudaran á soportar su existencia; durante el día la vista del mar, y por las tardes el oír la hermosa lengua de su patria, aun cuando estaba hablada por bocas impuras!

Río Hacha no poseía otros representantes de la nacionalidad francesa.

En casi todas las ciudades importantes de Nueva Granada se encuentran barberos parisienses vendiendo esencias, jabones y cepillos, con la misma gracia y modales que si ocuparan una casa baja de la calle de Vivienne. El barbero, hay que decirlo bien alto, es el heraldo de la civilización francesa: por ellos aprenden en el extranjero nuestros ademanes, modas y opiniones; á él toman como tipo del francés ideal. Nada puede igualarse con la audacia que este artista corre el mundo; por todas partes se cree en país conquistado, y, gracias á su origen trasatlántico, se figura conocerlo todo, sin haber tenido necesidad de aprender nada. En Río Hacha me contaron la historia, probablemente exagerada, de un barbero que, llamándose ingeniero, se había ofrecido sin vergüenza á una sociedad de Antioquia, como director de la explotación de una mina de oro. Su locuacidad deslumbró á los accionistas y le dieron plenos poderes, creyendo que trataba con un sabio minero. Sin la menor vacilación hizo abrir canales, construir esclusas, practicar zanjas, y emprender trabajos importantes por todas partes. En poco tiempo lo transformó todo; con gran extrañeza suya *fracasó*, después de haber consumido todos los capitales destinados para la empresa. Por fin, tuvo que reconocer

su impotencia y declaró francamente el estado lamentable de las cosas. «Circunstancias imprevistas han impedido el éxito de mis planes; pero esperando poderlos continuar con vuestro concurso, me ofrezco á ustedes para afeitárles; porque al mismo tiempo aprendí el oficio de barbero.»

Tales eran los personajes de que se componía la colonia francesa de Río Hacha, además de algunos obreros y comerciantes.

Las demás naciones de Europa estaban también representadas en esta república.

El sujeto italiano era el genovés Canova, sobrino del célebre escultor, según decía. Era éste una especie de Holofernes que se oía bramar de un extremo á otro de la calle Mayor. Vendía tabaco, café, cacao; era plantador, banquero, tenía un despacho de aguardiente y había corrido todas las comarcas realizando sus múltiples negocios, llegando su nombre á ser tan popular que no había una sola aldea en Nueva Granada donde no fuera conocido. Para enriquecerse con toda seguridad, había tenido la ingeniosa idea de presentarse como estúpido: cuando su risa, como mugido de toro, agitaba sus pulmones de gigante, no cabía ninguna duda que urdía alguna trama para enredar á los desgraciados compradores.

El español de Río Hacha era un anticuario convertido en expendedor de cuernos y pieles; traficante hábil, se ocupaba día y noche en crearse una fortuna. El inglés era un hijo de familia adinerada que de derroche en derroche había llegado á la bancarrota, acabando por refugiarse en Río Hacha para ocultar su vergüenza. El griego era un hombre de ojos negros, cara angulosa, boca pérfida y marcha oblicua; al verlo se extrañaba todo el mundo de que tal sujeto no hubiera muerto años ha

«colgado de alguna antena»; tal era su tipo de pirata. El alemán, venido no sabían de dónde, huía generalmente la compañía de los demás comerciantes. Por las tardes se le veía pasearse solo por las orillas de la playa.